

# **EL GUANACO VENCIDO**

## **MEMORIAS DE UN CARRERO PATAGONICO**

**Asencio Abeijón**



**Editorial Galerna**

## El guanaco vencido

La cuadrilla pastaba, un tanto esparcida en la cima plana de una cordonada de cerros, mientras el ya maduro guanaco semental, fingiendo que también pastaba, vigilaba atento en el filo de la cima, desde donde su vista, de largo alcance, dominaba una amplia zona de terreno, para advertir con tiempo cualquier aproximación de persona o animal que pudiera constituir un peligro para la cuadrilla de hembras y crías a su cuidado. Esta se componía de once guanacas, de cada una de las cuales había nacido un chulenguito, pero hasta ahora solamente tres habían logrado sobrevivir a la despiadada persecución del *chulenguador* a pesar de la defensa que él había hecho mediante sus artimañas. Estas eran variadas: desde el relincho oportuno para que emprendan la huida con tiempo, al galopito indicador de la dirección que debían seguir; dejarse luego acercar por el cazador o los galgos, para atraer la persecución sobre él y fingirse rengo o cansado, para que lo crean presa fácil y se entusiasmen con la idea de darle alcance, desviándose así del resto de la cuadrilla que huye.

Ahora las tres crías sobrevivientes habían adquirido ya el desarrollo y la agilidad resistente como para eludir por sí mismas la persecución a caballo o con perros, y sólo una bala traidora podía abatirlas.

Pero otro problema inquietaba al mascota jefe de la cuadrilla: había llegado la fecha del celo, y en ella le sería forzoso luchar bravamente contra rivales fuertes, más ágiles y más jóvenes, para seguir conservando para sí la propiedad de la cuadrilla de hembras. No podía olvidar que el año anterior, para la misma época, tuvo que sostener la pelea más difícil que recordaba en los años que llevaba al frente de ese harem de guanacas, como dueño y señor absoluto del mismo.

Tuvo que enfrentar en lucha sin cuartel a un rival fuerte y

bastante más joven que él. Lo venció pero, cosa que nunca le había ocurrido en peleas anteriores, debió recurrir a toda su veteranía, a toda la experiencia y mañas acumuladas a través de numerosas luchas, y bien sabía él que logró su triunfo apenas, y por la menor cancha de su rival.

Salió de esa pelea con mayor número de cicatrices por mordiscos que en todas las peleas anteriores, y además bastante magullado por las coces, cabezazos y pechadas, que en otros años había encarado con mayor facilidad y menos efecto. Había logrado su triunfo al final mediante un golpe afortunado que su rival, joven y más inexperto, no previó: cuando se abalanzaban uno contra otro, dando impresionantes relinchos de furor, y se trenzaban en un enredo de patas y cogotes largos, aprovechando cualquier claro para aplicar tremendos mordiscos. El semental pasó su cabeza por debajo de la barriga de su rival más liviano y, con un empujón de codo hacia arriba, le hizo dar una voltereta en el aire, arrojándolo violentamente a tierra. Lo demás fue fácil para su condición de veterano avezado en la lucha: sin darle tiempo a que terminara de incorporarse, volvió a derribarlo de un pechazo, lo pateó, lo tomó a mordiscones y manotazos' en medio de relinchos de rabia, y pronto lo puso en fuga. Nunca se había sentido tan aliviado como después de ese triunfo, pero también se sintió inquieto y sorprendido por la dificultad en conseguirlo. Y mientras regresaba hacia su cuadrilla, luego de haber perseguido a su vencido rival, alejándolo dos leguas de distancia, pensaba que los años surtían efecto y, por primera vez, pensó en que algún rival podía vencerlo y ahuyentarlo vergonzosamente a la vista de su cuadrilla.

Ahora, con un año más encima, se siente fuerte y no está dispuesto a abandonar su harem en esta nueva época de celo. Por ello, erguido y soberbio cerca de la cuadrilla, lanzó su relincho de reclamo amoroso y a la vez de desafío a quien pretenda disputar su privilegio.

Ante este reclamo, todos los miembros de la cuadrilla, que ya siente la fuerza de la ley natural de la procreación, alzan las cabezas, dejando de pastar, y lentamente comienzan a concentrarse más, a la vez que observan atentamente si desde otro punto llega la contestación, aceptando el desafío, por parte de otro macho. Saben que ése es un requisito indispensable, porque el

guanaco no acepta compartir con otro macho la posesión de la cuadrilla; la disputa en pelea, y el triunfador queda dueño de la misma, con absoluto sometimiento por parte de las guanacas.

Y el desafío fue aceptado. Desde unos seicientos metros llegó otro relincho, nervioso y muy sonoro, al mismo tiempo que emergía en el filo de la cima la silueta de otro macho que se dirigía hacia la cuadrilla a galope corto, nervioso y en tren de guerra.

Sin vacilar, el jefe de la cuadrilla le sale al cruce galopando en la misma forma. No lo hacen directamente de frente, sino medio desviados uno del otro, como buscando un rodeo de observación mutua, antes de iniciar el duelo, mientras la cuadrilla se agrupa a unos cien metros de distancia para presenciar esa puja de la que ha de surgir quién será su dueño, señor y padre de sus hijos. Al detener el galope, estrechan el rodeo tranco a tranco en lento acercamiento y, de pronto, mezclando los dos relinchos o bramidos de desafío, se lanzan uno contra el otro a la vez que se reparten coces.

La lucha está entablada y ya sin posibilidad de tratativas ni empates: de ella debe salir un vencedor absoluto. Al abalanzarse en la acometida, los últimos pasos los hacen caminando sólo sobre las patas traseras.

Se chocan de frente, entre una nube de polvo y ruido de arbustos aplastados; se dan manotazos con las patas delanteras a la vez que revoleando el largo cogote, se dan fuertes y sonoros cabezazos, con sangrientos mordiscos de sus afilados dientes, todo ello siempre acompañado por verdaderos bramidos de furor, tan impresionantes, que para el que los oye por primera vez, sin conocerlos ni ver su procedencia, los considerará como emanados de los gigantescos y fieros animales de las épocas remotas. Lanzados en lo alto de las lomas, se oyen desde varios kilómetros de distancia. En cuanto se separan un poco, vuelven a lanzarse como arietes uno contra el otro, repitiendo el bramar terrorífico, que se entrecorta al chocar los cuerpos. El macho menor nota que, al producirse el choque, su rival es rechazado ligeramente debido a su menor volumen y peso, pero no logra derribarlo, porque esta desventaja está compensada por la mayor agilidad y reflejos del guanaco joven, que parece no sentir el cansancio, mientras que él comienza a agitarse levemente.

Después de darse el fuerte pechazo, nuevamente en dos patas, se trenzan como dos gigantes boxeadores en *clinch* y, abrazados, se dan fuertes golpes con las cabezas, impulsadas por sus largos cogotes, se muerden sacándose mechones del lanoso pelo y hasta trozos de piel; giran dando esporádicos bramidos que, al salir de entre la polvareda que levantan en su lucha, parecen venir del fondo de, la tierra, como si provinieran de los condenados diablos del infierno.

Mientras se desarrolla la pelea, la inmovilidad de la cuadrilla de hembras es absoluta, atenta y silenciosa; ellas son imparciales y, aunque están tomadas por el deseo irresistible de la naturaleza, cumplirán el mandato de la misma con el más fuerte, más sano y por lo tanto más en condiciones de dar una descendencia que conserve fuerte la especie. Pertenece al que salga vencedor.

Poco a poco, en las sucesivas arremetidas, los contrincantes se desplazan alejándose de la cuadrilla que sigue presenciando la lucha. En cada trenzada, el veterano jefe aplica acertados mordiscones a su rival, impulsa con gran fuerza su cogote al aplicar los cabezazos, pega con furia simultáneos manotazos con las patas delanteras en el lomo del contrincante intruso, lo pecha, pasando por sobre él y derribándolo en el impulso, pero en cuanto se da vuelta para aprovechar la ventaja, ya lo halla de pie y con la iniciativa en el ataque. Le inquieta notar que los efectos de sus golpes no surtan efecto en su rival, más joven que él, con la eficacia obtenida en peleas anteriores; *el intruso* las soporta bien y suple con su resistencia lo que le falta de práctica en la lucha.

Esto comienza a ocasionarle una especie de temeroso furor: da mayor ferocidad a los bramidos, un tanto entrecortados por la agitación y principio de cansancio, que contrasta con la frescura y mayor naturalidad que observa en su enemigo. Logra aplicarle un pechazo en el costado que lo hace trastabillar, pero antes de que logre repetirle el golpe para arrojarlo a tierra, ya la agilidad más juvenil de su rival ha permitido a éste evitar la caída y ofrecer el pecho de frente, de tal modo que de nuevo se encuentran trenzados en entrevero de patas delanteras y cogotes, girando erguidos en dos patas y bramando como si se tratara de dos bailarines endemoniados. Vuelan al aire y luego descienden lentamente en espiral como copos de nieve, los mechones lano-

sos, y a veces algo sangrientos, que se arrancan en sus rabiosas dentelladas.

En uno de estos choques entreverados, el mascota logra colocar su cabeza por debajo de la barriga de su rival, y dando enfurecidos mordiscones en las verijas, hace un tremendo esfuerzo hacia arriba con el cogote, tratando de elevarle las patas traseras en el aire, para arrojarlo a tierra con su golpe maestro. Pero, ya sea un poco por el peso de su rival y otro poco porque él tiene ahora menos fuerza y mayor cansancio, el caso es que aunque el rival cae en tierra, lo arrastra también en su caída. El mascota, que ha caído en mejor posición que su adversario, se incorpora velozmente para aprovechar la ventaja, pero al mismo tiempo, medio entre la nube de tierra levantada por las caídas, ve al temible rival que, con su juvenil agilidad, se ha incorporado antes y lo arremete gritando, lo toma aún mal afirmado y lo derriba con el pechazo.

Pero su menor experiencia impidió al joven definir en el instante la lucha a su favor, porque al pasar sobre el caído que rodaba con las patas hacia arriba, llevado por su impulso entusiasmado, se enredó en las mismas y cayó él también contra un matorral de malaespina que crujió al ser aplastado. Se incorporó casi sobre la misma caída y justo en el instante en que su peligroso rival se le echaba encima. Nuevamente se halló trenzado con él en medio del ruido de rodar de piedras, ramas que se quiebran, bramidos furiosos, cabezazos, mordiscos, coces, pechazos y manotazos. La pelea alcanzó ya su punto álgido, y está a punto de definirse. Nuevamente giran trenzados, abalanzados sobre sus patas traseras y repartiéndose golpes. . . Una lucha que, vista desde las gradas de un circo, superaría a la que pudieran hacer dos toros, más pesados, más lerdos de movimientos y menos variables en los ataques.

En esa atropellada, en el instante en que, abalanzados en forma vertical, sobre las patas traseras, se chocan pecho a pecho mordiéndose con furor, su rival logra empujarlo hacia atrás, y al enredar sus patas en un arbusto, cae de lomo a tierra, donde el joven rival, que ha quedado de pie sobre él, lo patea, lo abrumba a manotazos con sus pezuñas. Logra incorporarse con gran esfuerzo, pero antes de que termine de afirmarse, el rival, que se ha retirado tres metros para tomar impulso, lo atropella como un

ariete golpeándolo con el pecho en la mitad del costillar y lo hace rodar dos vueltas entre el polvo, al mismo tiempo que vuelve a tomar distancia para repetir el pechazo con mayor fuerza.

En desesperada tentativa por equilibrar la pelea, el mascota trata de incorporarse rápidamente, pero antes de que termine de hacerlo, cuando aún no ha acabado de enderezar sus patas traseras, un nuevo y violento pechazo del rival, que lo observaba vigilante, lo echó a rodar aplastando coirones y con revoleo de las patas en el aire. Sobre el mismo rodar, lo sigue, le da manotazos, coces, mordiscos y, de inmediato, se detiene a tres metros de distancia, listo para repetir el ataque y no perder la ventaja.

Con los últimos golpes que recibe, el mascota lanza un nuevo bramido, más largo que los demás, desde el suelo, y que ya no tenía tono de desafío amenazante ni de furor. Era un tono lamentoso, un anuncio de derrota y de impotencia y, mientras se incorporaba, ya sin la presteza de las veces anteriores, el rival que lo aguardaba expectante, listo para repetir el ataque, no lo arremete: se aleja unos diez metros del semental cuyo último grito ha comprendido y, cuando éste se incorpora, inicia un galopito a saltos cortos hacia él; pero el hasta ese momento altivo jefe, macho, cuidador y defensor de la cuadrilla y sus crías, está totalmente vencido, y comienza a alejarse, campo afuera, a pleno galope. Su sucesor, nuevo jefe ahora, lo persigue, lanzando un bramido distinto de los demás, pero que tiene un significado de triunfo, así como el del perseguido lo había tenido de derrota. En la misma forma en que el derrotado aumenta la velocidad de la fuga, su rival aumenta el de la persecución, y entre dos nubecillas de polvo que parecen correr con ellos, se van alejando de la cuadrilla, la que ha presenciado indiferente el resultado de la tremenda pelea. Lentamente el vencido va aumentando la distancia que lo separa de su perseguidor triunfante. Este no tiene interés en alcanzarlo sino en alejarlo de la cuadrilla por cuya posesión han luchado, y no por matarse entre ellos.

Corren balanceando el cogote hacia atrás y adelante en un movimiento elegante, acompasado, y el perseguidor lanza de tanto en tanto su bramido de amenaza al que el perseguido, ahora, no responde. Cada vez más distanciados el uno del otro, la

persecución dura un cuarto de hora... media hora. En una meseta que termina en un cañadón, deja de ver a su perseguidor. Tiene sed y se detiene a beber el agua cristalina y fresca del manantial que riega ese mallín verde. Después de beber, levanta la cabeza y ve a su vencedor que se acerca a él aumentando la velocidad y en tren de pelea, lanzando su bramido de amenaza. El perseguido reemprende la fuga, mientras su enemigo se detiene a beber unos tragos de agua, luego de lo cual yergue el cogote mirando en la dirección tomada por el fugitivo. Lo ve a quinientos metros encarando una cuesta arriba en plena disparada y emprende la persecución de nuevo, corriendo por subidas y bajadas, cruzando llanuras, saltando alambrados.

Al fin, luego de haberlo perseguido por más de dos leguas de distancia, el vencedor se detiene. Contempla unos minutos al adversario, que sigue su retirada, y luego emprende el retorno hacia el lugar de la pelea, donde lo aguarda la cuadrilla de hembras, premio de su triunfo luego de varias peleas perdidas. El vencido, por su parte, cuando deja de ver a su perseguidor, disminuye su galope y al fin se detiene. Está cansado a causa de la lucha, la huida y la pena que lo embarga por su derrota. Es una amargura resignada: comprende en ella una imposición del destino natural, porque tal vez los años habían disminuido su capacidad para seguir propagando una descendencia sana y fuerte.

Después camina lentamente y se detiene en lo alto de un cerro, mirando el trayecto que había recorrido en fuga. Desde esa altura, su vista potente ve con tristeza cómo su afortunado rival vencedor se dirige al lugar donde había quedado la cuadrilla de las guanacas, para tomar posesión de ella.

La inmovilidad del vencido en el filo del elevado cerro hacía que su silueta se perfilara con mayor nitidez desde el bajo del cañadón. Con amargura relajó un tanto su cuerpo y encogió algo el largo y oscuro cogote en laxitud de descanso. El amplio panorama que abarcaba su vista desde la altura en que se hallaba, y que con tanta atención observaba cuando cuidaba su cuadrilla, ahora, poco a poco y sin darse cuenta, fue dejando de verlo: con los ojos semicerrados por la tristeza de la derrota, lo fue invadiendo una somnolencia y, con ella, todo el transcurso de su vida pasada fue desfilando por su memoria. . .

## **EL PASADO DE SU VIDA**

**El primer sentimiento que recordaba fue el de miedo, aunque sin saber por qué. Estaban en una meseta elevada en un lindo día, formando parte de una cuadrilla de nueve guanacas con crías, todas bajo la vigilancia del mascota. El tenía recién dos días de vida y lo acompañaban ocho hermanos por parte de padre, más o menos de la misma edad; los pequeños comenzaban a sentir los primeros síntomas de alegría y deseos de retozar entre ellos, cuando de pronto el relincho de su padre que, desde la altura en que se hallaba dominaba con su vista una amplia zona, puso en nervioso alerta a toda la cuadrilla. De inmediato, un instinto natural le hizo sentir la necesidad de aproximarse a su madre, y cada uno de los pequeños chulenguitos hizo lo mismo, al propio tiempo que la cuadrilla de guanacas madres se concentraba, atenta a una nueva advertencia y una señal del mascota, que les indicara cuándo y en qué dirección debían emprender la huida.**

**La señal de la fuga dada por el guanaco jefe no tardó en llegar y consistió en un nuevo y más corto relincho, un movimiento de cogote y unos metros de galopito corto hacia la dirección elegida. Toda la cuadrilla emprendió entonces una fuga en galope lento y él notó que su madre lo hizo colocarse a su costado, pero en dirección opuesta a la indicada por el mascota, desde la que venía el peligro, para ocultar con su cuerpo a la cría de la vista del perseguidor y luego desviar su fuga, tratando de que se engañara y lo persiguiera a él, desviándolo así de la cuadrilla. Sabía la existencia de un peligro y sentía miedo. Corría con su galopito vacilante de recién nacido, pegado al costado de su madre, y la cuadrilla regulaba su marcha de fuga, de acuerdo con lo que podían dar los chulenguitos.**

**Pero las desesperadas tretas del mascota para desviar la persecución del perseguidor no daban resultado; su cuerpecito débil comenzó a sentir los efectos del cansancio y por momentos se retrasaba de su madre. Esta, afligida hasta la desesperación, retrocedía hasta él con rapidez, lo lamía cariñosamente, lo empujaba en forma suave con el cogote para que realizara nuevos esfuerzos, a la vez que emitía ahogados gemidos de aflicción. Ahora corrían por una pampita llana, con abundantes manchas de matorrales.**

Veía a los demás compañeros huir al costado de sus respectivas madres, algunos sufriendo sus mismos inconvenientes, de acuerdo con los días de vida de cada uno, pues los que tenían ya una semana o algo más, corrían sin mayor dificultad a la par de los grandes. Vio pasar a su padre por su lado a gran velocidad y corriendo en sentido contrario al que llevaba la cuadrilla, sin duda para acercarse al perseguidor en un nuevo y desesperado intento de atraer la persecución sobre sí mismo.

Estaba ya en el máximo de su agotamiento, y sintiendo detrás de sí la ruidosa fuga y persecución, cuando su madre, desesperada, en el momento en que atravesaban un lugar de matorrales tupidos que los tapaban a la vista del *chulenguiador*, sin dejar de correr, le dio un suave empujón con el costado del cuerpo, arrojándolo a tierra casi en un matorral que disimulaba muy bien su color, siguiendo ella su fuga sin detenerse un instante, para que su trepa no fuese descubierta por el perseguidor en caso de que notara el movimiento. El quedó ahí, echado sobre el pecho y con el cogote extendido a ras de la tierra, totalmente inmóvil. Su instinto le había hecho comprender la razón de ese movimiento materno cuando sus fuerzas ya no daban más, como la advertencia de que ésa era la única posibilidad de salvación y que, pasara lo que pasara, allí debía quedarse, quieto hasta que su madre llegara a buscarlo, una vez pasado el peligro.

En esa inmovilidad se hallaba cuando, ruidosamente y entre niebla de polvo, paso muy cerca de él el bulto voluminoso del *chulenguiador* a caballo, en el cual adivinó el motivo del peligro. Delante de ese bulto raro pasó su padre, a muy escasa distancia y fingiendo renga para atraer al hombre.

En ese mismo punto, el mascota torció el rumbo hacia otra dirección y, al mismo tiempo, fingió tropezar y caer a tierra, bastante cerca del hombre, como invitándolo a aprovechar la facilidad de cazarlo; pero el hombre siguió su veloz carrera derecho, sin torcer de rumbo ni caer en el engaño de la artimaña. El ruido de la persecución y la huida se fue alejando hasta perderse, y todo en su torno quedó en absoluto silencio.

En esa posición se hallaba desde hacía un rato; firme en su propósito de no moverse pasara lo que pasare, cuando oyó ruido de que alguien se acercaba al lugar caminando con lentitud. Pensó primero que podría ser su madre que volvía en su busca,

pero al instante, con terrible miedo, vio frente a él la silueta del chulenguiador, que había detenido su caballo, y observaba atentamente el terreno inmediato en su torno. Por un instante pareció posar sus ojos en él, pero luego siguió mirando insistentemente hacia otros lados.

Se dio cuenta de que lo buscaba, porque había notado tal vez su desaparición de la cuadrilla, cuando ésta pasaba por ese lugar. Colgados en el anca de su caballo y aún sangrantes, llevaba a dos chulenguitos, dos de sus hermanos, a los que sin duda había dejado la madre, igual que a él.

A pesar del pánico que sentía, no se movió en absoluto, haciendo caso al instinto que le advirtió, en el momento en que su atribulada madre lo arrojó en ese lugar, que el quedarse ahí era la última posibilidad de salvar la vida que le quedaba.

El hombre se retiró del lugar, pero él lo sentía andar cerca, revisando prolijamente las manchas de matorrales en una circunferencia como de doscientos metros, en busca segura de ese chulengo, que indudablemente hallaríase muy cerca. Por dos veces más volvió a pasar muy cerca de él sin verlo y al fin se alejó definitivamente.

Permaneció inmóvil en el escondite, siempre temeroso, por espacio tal vez de media hora: lo asustó mucho el ruido de pisadas de que pronto sintió detrás de él, pero conoció en el resoplar del hocico que lo olfateaba nervioso, que su madre terminaba de llegar a su lado y, alegre de encontrarlo con vida y sano, lo invitaba á levantarse y seguirla. Se incorporó de un salto, loco de alegría, ya totalmente descansado y con ganas de correr: la estratagema de esconderse en plena carrera en momentos en que el perseguidor no pudo ver el lugar exacto en que se ocultaba, le había salvado la vida.

Se alejó galopando despacio al costado de la madre y pasó casi una hora hasta que lograron reunirse a una parte de la cuadrilla, la cual, con la persecución, se había dispersado totalmente y ahora el mascota recorría los cerros cercanos, hasta que logró reunirla de nuevo.

La cuadrilla denotaba decaimiento y nerviosidad. Cuatro chulengos habían perecido a manos del cazador y el resto se había salvado merced a la treta de ocultarse, dispersarse y otras que oportunamente daba a conocer el astuto mascota. Pocos días

después, la cuadrilla fue nuevamente perseguida por el chulenguiador, que logró atrapar a otros dos de sus hermanos. El pudo correr con mucha mayor resistencia que la vez anterior, y la treta del escondite después que la cuadrilla ya se había dispersado y su madre lo hizo adoptar cuando los separaba bastante distancia del perseguidor, motivó que éste tuviera dificultad para establecer el lugar más o menos aproximado en que los había perdido de vista. No obstante, lo buscó con bastante insistencia, y en una oportunidad lo vio pasar a cierta distancia, al tranco lento del caballo, y observando atentamente el suelo, como *cortando rastro*.

Después de esto, el mascota retiró la cuadrilla, ya con sólo cuatro crías, a un campo muy quebrado y montoso, donde la persecución a caballo resultaba más difícil. Sin embargo, diez días más tarde fueron perseguidos nuevamente y en esta oportunidad por dos jinetes a la vez, que los atacaron desde puntos distintos tomándolos en el medio, y con caballos muy frescos, pese a lo cual, pudieron cobrar un solo chulengo. En esta oportunidad, él se salvó de ser atrapado por la treta del mascota: en momentos en que huía velozmente con su madre, perseguido desde cien metros por el jinete cazador, el mascota se mezcló a ellos cuando atravesaban una zona de muchos matorrales.

Dificultada su vista por el monte, el hombre creyó que la guanaca que se retrasaba era el mascota que pretendía atraerlo con su treta de dejarse acercar, y sin hacerle caso apresuró su carrera detrás del mascota al que sólo-veía a medias y confundía con la guanaca huyendo con su cría. Ya lo había perseguido más de mil quinientos metros, cuando el segundo jinete, al salirle al cruce a la presunta guanaca, descubrió que habían caído en la treta, persiguiendo al inalcanzable macho. Mientras tanto la guanaca, al quedar atrás, volvió a reunirse con su cría y ahora huían hacia los cerros con más de tres kilómetros de ventaja, imposible de recuperar con los caballos.

La cuarta vez que lo persiguieron ya tenía casi un mes y eludió la persecución por sus propios medios, corriendo con facilidad a la par de su madre y hasta aventajándola por momentos. Después los chulenguiadores dejaron de verse, en parte porque ya los guanaquitos resultaban muy difíciles de ser alcanzados a caballo, y porque su piel con el tiempo desmerecía en su precio. También porque cuando eran cazados a perro o bala, el

cuero sufría deterioro. Sólo dos chulenguitos habían logrado salvarse, de los nueve que nacieron de la cuadrilla, y de los que solamente él era del sexo masculino. Pasó unos meses de tranquilidad, pastando por momentos, retozando y revolcándose en el polvo en compañía de sus hermanos de parte de padre, mientras la cuadrilla pastaba, siempre bajo la vigilancia del jefe. Fue ésa la época más tranquila de su vida. Pasados unos meses, cuando ya no necesitaba de los cuidados de la madre, el guanaco jefe, su propio padre, comenzó a castigarlo, tratando de alejarlo de la cuadrilla.

Primeramente, él tomaba esta actitud paterna como una cosa de juego, y regresaba de nuevo al conjunto de guanacos, pero el padre volvía a castigarlo mediante empujones, coces y mordiscos primeramente leves, pero que aumentaban en violencia conforme él persistía en no alejarse, hasta que al fin comprendió que lo obligaba a retirarse de la cuadrilla. Al comienzo se quedaba a no mucha distancia de la misma, con la esperanza de mezclarse a ella de nuevo, pero su padre cada vez lo corría más lejos y con más brusquedad, hasta que debió alejarse definitivamente, comprendiendo que el guanaco macho, jefe de la cuadrilla, no admitía en la misma a ninguno de su mismo sexo.

Anduvo algunos días solitario y apenado, hasta que un día divisó a lo lejos un numeroso conjunto de guanacos y resolvió mezclarse a esa cuadrilla, siempre y cuando su jefe no lo alejara a coces. Se fue arrimando con cierta cautela, pero cuando se unió a ella, aunque varios se acercaron a él, ninguno lo agredió para alejarlo y lo dejaron pastar tranquilo.

Pronto se dio cuenta de que los guanacos que componían ese conjunto, de más de 15 animales, eran todos machos, desplazados de las cuadrillas de hembras por sus rivales más fuertes en la época del celo o por sus propios padres, como le había acontecido a él. Se resignó a vivir entre congéneres de su mismo sexo, pero en su instinto sentía que, con el transcurrir del tiempo, tendría que pelear para conseguir el predominio en una cuadrilla de hembras.

La vida en ese conjunto no le resultaba muy desagradable, porque aún en su juventud, no entraba con su fuerza irresistible la atracción del sexo.

A veces retozaba y jugaba a las peleas con otros congéneres de

su misma edad, y así, sin darse cuenta, se ensayaba en la defensa, el ataque y la cautela. También ensayaban galopando uno'detrás de otros, y así adquirían cada vez más resistencia para correr, cuando había que eludir peligros.

En el conjunto había muchos machos, ya maduros, llenos de cicatrices en el cuerpo, algunas producidas en las peleas entre ellos por la posesión de las cuadrillas de hembras y crías nuevas, de las que al final habían sido desplazados por rivales más jóvenes, luego de tremendas peleas. Estos parecían llevar una vida de rutinario aburrimiento y carencia de esperanzas. Andaban siempre de mal humor y repelían con brusquedad a los jóvenes, cuando éstos pretendían acercarse a ellos en tren de diversión. Sin embargo, eran los que vigilaban al conjunto, aunque no lo hacían con la asiduidad que empleaban cuando cuidaban la cuadrilla de hembras, ni exigían tampoco la misma disciplina. No obstante, daban el relincho de anuncio ante la presencia de algún peligro, y elegían los lugares más adecuados para la huida; así se constituían en los maestros, de los cuales los jóvenes guanacos inexpertos iban poco a poco juntando experiencia, que tanto iban a necesitar cuando se constituyeran en jefes de cuadrillas. Todos los días iban al mismo lugar a depositar sus excrementos y lo hacían siempre exactamente en el mismo montón, cosa peculiar sólo en los machos, por alguna razón secreta que ellos deben conocer. También aprendió de ellos, cuando se acerca un hombre con perros, a conocer si éstos son simples perros ovejeros o si son galgos, y que, cuando se trata de estos últimos, hay que emprender la fuga con más anticipación, porque son muy veloces y resistentes.

Aprendió también que cuando un jinete pasa cerca de un grupo de guanacos llevando en la mano una de esas armas sonoras que ya eran conocidas, en cuanto se lo veía detener el caballo, bajarse de él y afirmar la rodilla en tierra, era de urgencia emprender la fuga de inmediato, porque más de un guanaco, por confiarse y seguir curiosamente los movimientos del hombre, habían quedado muertos en el lugar, mientras que otros habían recibido heridas en las patas u otras partes del cuerpo, que los habían dejado inválidos y, en la imposibilidad de poder seguir afrontando las dificultades diarias de la subsistencia, habían muerto. Era algo peligroso, que 'desde la distancia hacía

un trueno y humareda, zumbaba y producía sus mortales heridas, sin que pudiera en ningún caso ser vista como era.

Ya tenía casi ocho meses de vida cuando llegó lo más riguroso del invierno: en los primeros días de julio las nevadas fueron copiosas y muy frías, llegando a cubrir los pastos una parte de los matorrales y hasta, en algunas partes, los alambrados contruidos por los hombres. Ni aun tratando de escarbar en la capa de nieve se lograba descubrir el pasto para el alimento. Supo que los alambrados, que normalmente no constituían una dificultad para los guanacos, que los saltaban con suma facilidad y elegancia, se transformaban en un gran peligro cuando, en parte o totalmente los cubría la nieve, acumulada en las pequeñas hondonadas de las pampas frías, ya que, al enredarse las patas en los hilos invisibles, bajo la nieve en que se hundían hasta cerca de la barriga, quedaban atrapados como en mortal trampa, hallando una muerte segura por frío y hambre.

En alguna oportunidad, mientras buscaban reparo y trataban de amontonarse para lograr el mutuo calorcito de sus cuerpos, debilitados por el frío y el hambre, morían apilados unos sobre otros, por docenas y, en algunas regiones más frías, por centenares, siendo cubiertos luego sus cuerpos por sucesivas nevadas.

Pasó semanas enteras de hambre y de frío y en esas oportunidades de fuertes heladas, perdían el miedo a los hombres y se dejaban acercar por ellos hasta pocos metros de distancia. Parecía que hasta los hombres se tomaban inofensivos, ya que pese a tenerlos tan cerca no los perseguían sino en rarísimas oportunidades, y ni siquiera los perros los molestaban cuando los veían acercarse mucho a las casas.

Después llegó la primavera, llegó el verano, en que todo resultaba más alegre y más fácil. En la primavera, al llegar la época del amor, varios guanacos jóvenes se apartaron de la cuadrilla bastante numerosa de los machos, y salieron a la aventura de lograr ubicarse en alguna cuadrilla de hembras en calidad de jefe y señor absoluto de la misma.

Los éxitos de éstos fueron variados. Algunos aparecían de regreso a la cuadrilla de los machos, solos y llenos de mordiscos y otras señales de las peleas perdidas frente al guanaco jefe, que los había vapuleado y corrido lejos de su harem. Otros, más afortunados y a la vez de más experiencia, adquirida en peleas

anteriores, no regresaban, lo cual era señal de que al fin habían triunfado y ahora eran jóvenes y felices jefes de cuadrilla. A cambio de ellos, no tardaban en llegar al conjunto de los machos, y lo hacían cabizbajos, tristes y malhumorados, los mascotas vencidos por rivales más jóvenes y fuertes, que los desplazaron de la cuadrilla en la que fueran amos absolutos por repetidos años.

El también sintió el llamado del sexo y, en una oportunidad, se separó del conjunto de machos y se dirigió a una cuadrilla, en la que no alcanzó a mezclarse, porque el guanaco mascota le salió al encuentro, lo coceó furiosamente, lo derribó de un pechazo y luego lo corrió a mordiscos. Días después intentó lo mismo en otra cuadrilla, con idéntico resultado, y entonces volvió al redil de los machos.

El invierno siguiente no fue tan crudo como el anterior y, antes de su comienzo, el conjunto masculino se vio aumentado con el ingreso de algunos machos de la cría habida en la primavera pasada, que habían sido corridos de la cuadrilla de hembras por sus respectivos jefes. No lo pasó tan mal ese invierno como en el anterior y durante el mismo adquirió mayor desarrollo, experiencia y fuerza. Entre las nuevas experiencias que acumuló, una fue que el hombre, principal enemigo y destructor del guanaco, no era peligroso mientras arreaba las ovejas y, aun yendo con los perros, no permitía que éstos los persiguieran, y en tales circunstancias nunca llevaba el Winchester mortífero, ni se detenía para disparar sus armas, ni molestar a los guanacos aun cuando pasara cerca de ellos. También aprendió a distinguir al hombre de la mujer, y a saber que éstas, aun pasando muy cerca de los guanacos, nunca disparaban armas contra ellos ni los perseguían con los caballos, por lo cual no eran tan temibles como los hombres.

Otra enseñanza que acumuló fue el conocimiento de las boleadoras, y aprendió que éstas resultan peligrosas para un guanaco en fuga, aun a veinte o treinta cuerpos de distancia, cuando un hombre lo persigue a caballo y las lanza entre las patas, enredándolas de forma que les impide correr, y caen al suelo, donde luego los matan. Por ello, en caso de tales persecuciones, debían conservarse a más distancia y aumentarla cuando el hombre comenzaba a revolver las boleadoras sobre su cabeza, unos segundos antes de arrojarlas con violencia y acierto.

Se compenetró poco a poco de todos los accidentes del terreno que comprendía su zona, como ser zanjones de barrancas grandes, difíciles de sortear, corrientes de aguas profundas, cerros con barrancas cortadas verticalmente con rinconadas peligrosas para hallarse imprevistamente encajonados, en los casos en que eran perseguidos. Todos estos conocimientos eran esenciales, porque los hombres en sus persecuciones siempre trataban de llevarlos hacia tales lugares para arrinconarlos en esos accidentes naturales y cazarlos con mayor facilidad, por lo que, en la fuga, ellos debían desviarse de los mismos con bastante anticipación.

Se tornó previsor cuando debían acercarse a beber a aguadas, haciéndolo en forma cautelosa, cuando en las proximidades de las mismas había manchas de matorrales u otros lugares en los que el peligro podía hallarse en acecho, sabiendo que la necesidad los obligaba a concurrir a ellos. También podían deparar amargas experiencias las aguadas naturales, con peligrosos tembladerales y pantanos en sus orillas. En una oportunidad en que, junto con un congénere macho, más joven que él, bajaron a beber a un cañadón con un mallín muy fértil, su compañero se arrimó al agua sin precaución y se empantanó en el menuco, enterrándose más a cada movimiento que hacía para zafarse. Unas horas más tarde, desde el faldeo del cerro, él vio como llegaban dos hombres a caballo, y al ver el guanaco empantanado, le echaron un lazo y lo sacaron tirándolo con los caballos, pero una vez afuera lo degollaron y llevaron los "restos hacia la casa. En otras oportunidades vio en las mismas condiciones ovejas, vacas y caballos, pero los hombres que los salvaban del pantano, luego de lavarles el barro, los dejaban libres.

Así pasó un año más, en el transcurso del cual varios componentes del conjunto de machos perdieron la vida en distintas formas, que a él le sirvieron luego de nuevas experiencias para seguir viviendo y sorteando los diarios peligros que se presentaban. Sintiéndose ya *guanaco* intentó posesionarse de una cuadrilla de hembras, para lo cual sostuvo una fuerte y larga lucha contra el jefe de la misma. Nuevamente debió retirarse mordido y vapuleado, pero casi logra ganar la pelea, en la cual notó que en el último año había adquirido una gran destreza, fuerza y experiencia, que podían llevarlo al triunfo.

## AL FIN JEFE DE CUADRILLA

Transcurrió un año más, en el cual le fue más fácil sortear peligros y aprender algo nuevo en cada circunstancia.

Al llegar la nueva época de celo, se cortó resueltamente y salió, en busca del amor. Eligió como primera tentativa de la temporada a la manada de hembras de la cual era mascota y señor el mismo macho que lo había vencido con gran trabajo un año antes, cuando él se presentó a disputarle el predominio de la cuadrilla.

Después del relincho-alarido de reclamo y desafío, se trenzaron en furiosa lucha a la vista impasible de las hembras. Trató de no incurrir en los errores del año anterior; buscó sacar provecho de su juventud y mayor resistencia; de aprovechar el lógico cansancio de su rival bastante más viejo que él y no exponerse en *la trezada* a los golpes maestros e imprevistos de un enemigo veterano en las luchas. Al fin de casi una hora de pelea, logró derribarlo dos veces y luego ponerlo en fuga.

Con el entusiasmo de la circunstancia, lo persiguió más de una legua, (lo mismo que habían hecho con él en las peleas perdidas) y ese día no volvió al grupo numeroso y aburrido de los solteros y los desplazados: cuando abandonó la persecución del rival en derrota, regresó tranquilamente al plantel de hembras que lo aguardaban y que salieron a recibirlo a tranco lento a su llegada. Tomó posesión de la cuadrilla y no tardó en convencerse de que en ella no todo le resultaba luna de miel, y que la naturaleza equilibra los placeres con dolores y graves responsabilidades que no deben ser rehuidas. Eran los meses más movidos para el guanaco mascota. Debía vigilar permanentemente para descubrir, con tiempo y a la distancia, la silueta de algún *chulenguiador* que pretendiera caer de sorpresa para atrapar los chulengos que aún quedaban en la cuadrilla. Debía efectuar grandes carreras tratando de atraer el peligro sobre él, mientras la cuadrilla huía. Debía afrontar las peleas con rivales que se presentaban a disputarle el predominio de la misma.

Casi no dormía de noche, y mientras pastaba durante el día, debía hacerlo con continuas interrupciones y en medio de la mayor nerviosidad. De día, por vigilar al *chulenguiador* y a sus congéneres rivales; de noche, por miedo a la repentina y mortal incursión del puma.

En cierta oportunidad en que, desde lo alto de un cerro, vigilaba la seguridad de su cuadrilla, vio que por el bajo, a una media legua de distancia, se acercaba un jinete. Observó con mayor atención y pronto notó que lo acompañaban dos perros galgos, los cuales se adelantaban a su dueño a toda carrera en dirección a la cuadrilla. De inmediato dio el relincho de alarma a la cuadrilla y le indicó la dirección en que debían emprender el escape. Mientras la cuadrilla se alejaba a pleno galope, cubriendo con sus cuerpos a las crías, aunque ya eran fuertes para huir, él se quedó en el lugar. Luego comenzó a galopar hacia los galgos para acortar distancia y apartarlos del rastro que dejaba la manada en fuga. Cuando se hallaba a menos de docientos metros de ellos, les lanzó un relincho de provocación y, al notar que ya lo habían visto y se dirigían a toda carrera hacia él, les lanzó otro relincho y emprendió la carrera sin mucho apresuramiento en una dirección opuesta a la seguida por su cuadrilla.

Ya seguro de que los galgos lo seguían, aumentó su velocidad. Por espacio de casi media hora corrió bajando al cañadón, encarando otras cuestas y casi volando por algunas pampas llanas, siempre seguido por los dos perros que ganaban terreno acercándosele cada vez más. El jinete, muy retrasado, ya se había perdido de vista.

Sintiendo que los galgos le ganaban distancia centímetro a centímetro, sin ladrar para no restar aire a los exigidos pulmones, pero jadeantes y con la lengua afuera, él trataba de aumentar su loca carrera. Se estiraba como goma, impulsando el cogote hacia atrás y hacia adelante en suave balanceo y avanzando, en cada impulso de sus saltos elásticos, uno o dos metros al frente, en forma rasante, ligeramente en el aire, encogiéndose y estirando su cuerpo elegante en matemáticos movimientos, rebotando hacia arriba y hacia adelante apenas sus pezuñas tocaban tierra, como si en ellas tuviera resortes. Con lentos balanceos de su cuerpo a un lado u Otro, siempre sin disminuir la velocidad y timoneándose levemente con el cogote, sorteaba los obstáculos del trayecto con precisión y oportunidad.

Pero el peligro se acercaba y pronto sintió el hocico de un galgo que le rozaba la pata trasera tratando de hincarle los dientes en el garrón. Lo rechazó de una coza, en la misma carrera, pero al instante sintió que el otro trataba de aferrarlo. Otra coza y

otro rechazo, pero al mismo tiempo notó que el otro galgo, en un hábil salto, había logrado aferrarlo del garrón y hacía desesperados esfuerzos para sujetarlo, mientras el compañero, que le había ganado la delantera, le saltaba intentando prendérselo del codo. Foco a poco se vio obligado a detenerse. Miró hacia atrás a la distancia y tuvo el alivio de ver que el dueño de los galgos había quedado lejos, hasta perderse de vista. Si el hombre no llegaba, se salvaría, pero comprendió que, como mascota novicio, había cometido un tremendo error al dejar acercarse tanto a los galgos antes de emprender la: fuga, cuando se separó de la cuadrilla. Por desconocimiento, había menospreciado la gran velocidad y resistencia de aquéllos...

Un tanto tranquilizado por ausencia del hombre, su más peligroso enemigo, dedicó su defensa a desasirse de los galgos: con una coz violenta de su pata libre y un fuerte salto, logró zafarse del que lo mantenía atrapado del garrón, emprendiendo de nuevo la fuga, pero antes de que hubiera corrido cincuenta metros ya los dos galgos, en forma simultánea, lo atraparon cada uno de un garrón y se vio obligado a detenerse de nuevo.

Para librarse del dolor que le ocasionaban los colmillos de los galgos, hundidos en sus garrones, impidiéndole a la vez la defensa con las coces, se dobló violentamente hacia atrás, aplicando un rabioso mordisco a uno de los galgos que lo largó de inmediato.

\* Velozmente se torció hacia atrás por el otro costado para morder al otro galgo, pero éste, antes de recibir el mordisco, que sin duda ya le era conocido, le soltó el garrón. El otro le saltó a la garganta, pero las veloces patas delanteras estuvieron a punto de atraparlo en un doble manotazo y desistió de esas tentativas.

Notó que mientras él no intentaba emprender la fuga, los galgos no lo atacaban; se limitaban a vigilarlo de muy cerca, mientras él piafaba en la tierra y mantenía las orejas bajas en actitud de amenaza. Mientras lo vigilaban, los galgos miraban insistentemente en la dirección de la que habían venido, sin duda esperando con impaciencia la llegada del jinete que ultimaría al guanaco. Este, con su altura, su codo largo y su aguda vista, que llegaba a más de una legua, sabía que el hombre aún debía hallarse muy lejos, y no se veía. Los galgos se echaron a

descansar, pero en cuanto el guanaco hizo intento de huir, lo atacaron para atraparlo.

Se desprendió de ellos y se quedó revolviéndose inquieto en el lugar, mientras los dos perros lo vigilaban, pero sin intentar atraparlo. Miraban siempre a lo lejos en espera del hombre, que no aparecía. Sin duda, había cansado el caballo, o bien perdido el rastro del guanaco y los galgos, y resuelto abandonar la persecución, sabiendo que los perros volverían solos a la casa. El mascota, ya tranquilo, se quedó quieto, con un galgo a cada lado y hasta hizo además de pastar algo, caminando lentamente, sin que sus enemigos lo atacaran, aunque no lo descuidaban. No dejaba, al igual que los galgos, de observar la posible aparición del hombre, que él vería primero y desde gran distancia. Si éste aparecía en lontananza, como ya se hallaba descansado, reiniciaría su fuga y lucha desesperada con los perros hasta llegar á cualquier resultado. Transcurrió media hora: éstos comenzaron a alejarse por el mismo camino que habían traído, deteniéndose de tanto en tanto, para observar al guanaco. Este comenzó a alejarse al tranco sin que los perros trataran de perseguirlo, aunque se detenían a mirarlo por momentos, y así se fueron alejando hasta perderse de vista. Entonces, aunque le dolían mucho los mordiscos recibidos, empezó a alejarse al galopito descansado y, dando primero un rodeo despistador, tomó luego el rumbo en busca de la cuadrilla, a la cual ya sabía dónde hallar. Cuando se halló entre ellas, observaron las guanacas por unos minutos su figura con varias manchas de sangre, y luego se dieron a pastar más tranquilas, mientras los chulengos ensayaban sus retozos y él buscaba una altura desde la cual poder vigilar a su cuadrilla, previendo los peligros con tiempo.

Con las mordeduras recibidas de los galgos y el grave peligro que corrió, y que pudo resultarle fatal de no haber ocurrido el retraso del hombre, había pagado un tributo por su inexperiencia y resolvió extremar la cautela. En salvaguardia de las crías que aún quedaban, retiró la cuadrilla a lugares montosos y quebrados, donde la persecución a caballo resultaba más difícil y el ocultamiento más seguro. Pasaba las horas enteras en los mangrullos más elevados, atisbando el horizonte hacia los cuatro puntos cardinales, en previsión de cualquier peligro. Cuando la noche llegaba, conducía su cuadrilla a los *dormideros* y él permanecía

despierto, dormitando por minutos, siempre con el oído y el olfato atentos a cualquier rumor, a cualquier tufo que pudiera significar un peligro.

En realidad, los riesgos nocturnos eran ahora menores que los diurnos; el hombre, su enemigo principal en la actualidad, había destruido al puma, el peor y más astuto enemigo que tenían los guanacos durante la noche, que se acercaba arrastrándose silenciosamente en la mayor oscuridad, haciéndolo en sentido contrario a la dirección del viento para que su olor no lo delatara y saltando de improviso sobre la dormida cuadrilla, tomando con sus terribles garras cazadoras y quebrando el cogote del animal que atrapaba, para luego sorber su sangre. Y a veces atacaban con sus crías ya grandes, para enseñarles a cazar, y entonces el peligro y el daño eran mayores. Siempre descubría algo nuevo que lo hacía avergonzarse de su inexperiencia y sentirse culpable ante la cuadrilla de hembras, por el daño que ello apareaba.

Pasada la época del celo y aquélla en que había que extremar el cuidado por las pequeñas crías, él descuidaba un tanto la disciplina y obediencia que siempre todo semental canchero debe exigir a las hembras que componen su cuadrilla, empleando alguna violencia cuando se mostraban un poco díscolas e imprudentes, cosa que por lo general sucedía con las más jóvenes.

## DOS BAJAS EN LA CUADRILLA Y EL FIN

Este descuido de su parte en mantener más rígida la disciplina de su cuadrilla le motivó al poco tiempo una baja, en una forma dramática. Pastaban tranquilos una tarde en un faldeo elevado, cuando sus vigilantes ojos vieron venir a lo lejos un jinete, con varios perros ovejeros y llevando por delante la mortífera arma que producía explosiones y la muerte con algo invisible. Estando en el conjunto de los machos, ya había tenido oportunidad de ver, en repetidas ocasiones, los efectos mortales de esta arma y los movimientos que hacía el hombre antes de usarla contra los guanacos, por lo cual se puso en guardia.

Cuando el hombre detuvo su caballo a unos trescientos metros

de la cuadrilla, el lanzó el relincho de alerta y la cuadrilla comenzó a alejarse al tranco en la dirección que les indicó. Pero una de las guanacas jóvenes, recién incorporada a la cuadrilla, que se hallaba en la parte más baja del faldeo, más cerca del jinete, se demoró en obedecer al relincho de advertencia, quedándose quieta en el lugar mirándolo. Cuando el jinete se bajó del caballo y puso una rodilla en tierra, dirigiendo el arma hacia los guanacos, el mascota lanzó más nervioso el relincho de peligro.

Entonces la guanaca comenzó a caminar lentamente hacia donde se dirigía el conjunto. En ese momento sonó la detonación y se vio la nubecita de humo, al mismo tiempo que un zumbido y el mido de ramitas quebradas por el proyectil invisible y conductor de muerte. Levantó polvareda al picar muy cerca de la guanaca que, en lugar de apresurar la fuga, se detuvo, entre curiosa e inquieta por ese zumbido y el golpecito en la tierra, producido por algo que no veía. El mascota comenzó a galopar hacia ella para obligarla al apuro, pero en ese momento sonó otra detonación y la guanaca imprudente dio un doloroso salto cuando el zumbido llegó hasta ella y, con sonido seco, le quebró la pata trasera en la mitad de la canilla.

Abrumado por el dolor de la herida, el animal galopó, dificultosamente y en tres patas, cuesta arriba hacia donde se iba retirando la cuadrilla. El mascota galopó a su encuentro y comenzó a cubrirle la retirada. El hombre, convencido de que había acertado el disparo y que ahora le sería fácil alcanzar con el caballo al animal herido, montó y se dirigió al galope hacia donde huía la cuadrilla, seguro de que no necesitaría gastar más balas por el momento.

Cuando el jinete llegó a la cima, la cuadrilla se alejaba a pleno galope a unos mil metros de distancia. Como no llevaban crías chicas, corrían tranquilamente en la seguridad de que, a caballo, el hombre no podría darles alcance. Pero el animal herido, reagueando visiblemente, galopaba muy retrasado, a sólo quinientos metros del cazador. El mascota, cuando vio venir al hombre, se retrasó dejándose acercar hasta casi cien metros de él y de los perros que lo acompañaban. Tenía la esperanza de que lo persiguieran a él, con lo cual habría dado tiempo para alejarse al animal herido. Los perros, viéndolo tan cerca, comenzaron a correr en pos de él, pero el jinete, al advertirlo, los llamó con un

**silbido mientras apuraba el galope de su caballo detrás de la guanaca herida.**

**Los perros regresaron a la orden de su dueño y, olfateando el rastro sangriento, lo siguieron rápidamente, dando ladridos nerviosos. El mascota, que huía en otra dirección, al ver descubierta su tentativa de engaño, volvió sobre sus pasos a toda velocidad y, viendo que los perros se acercaban rápidamente al animal herido y muy retrasado, apuró su marcha hacia ello. Cruzó por delante, casi rozándoles los hocicos y simulando una pronunciada renguera y, a tres metros de distancia, fingió caer a tierra y se incorporó de inmediato para seguir su fuga, pero ahora rengueando en forma más pronunciada y a una carrera muy lenta como si sus fuerzas ya no dieran más. Engañados por una treta hecha con tanta habilidad y disimulo, los perros vacilaron y luego amagaron la persecución hacia él, pero el jinete, que los seguía de cerca, y conocía sobradamente los trucos de las mascotas en defensa de sus crías y hembras, los llamó de nuevo con energía, y siguieron persiguiendo a la guanaca herida, que corría a menos de trescientos metros con notoria dificultad.**

**Un tanto desorientado, como no sabiendo a qué recurrir para salvar a su congénere, el mascota quedó retrasado sin que ni hombre ni perros le hicieran caso. Quedó un momento inmóvil con afligida inquietud e incertidumbre y luego galopó nuevamente, haciendo un desvío, hacia el lugar por donde se había alejado la cuadrilla en fuga, que el animal herido trataba penosamente de alcanzar con desesperación.**

**Desviados de la persecución del mascota por la enérgica orden del hombre, los tres perros ovejeros se lanzaron en seguimiento de la guanaca herida. Corrían en medio de una algarabía de ladridos, que contrastaba con el silencio que siempre guardan los galgos cuando corren. Pronto le dieron alcance y la rodearon, saltando en su torno, menudeando su ladrar ruidoso, y a veces tirándole mordiscos en las patas, o saltando para alcanzarla en los costillares con sus dentelladas. Prácticamente el animal detuvo su galope y comenzó a marchar al tranco y volviéndose cada tanto, tratando de morder a los perros agachaba las orejas, pegándolas a la cabeza hasta el punto que parecía haberlas perdido, en una demostración de furor. La canilla, quebrada por el balazo, le impedía utilizar su principal defensa, que eran las coces. A veces**

lanzaba una coza con el miembro herido, cuya parte mérioi oscilaba a modo de garrote con el que golpeaba a los perros cuando la mordían.

Cuando vio acercarse al jinete, el animal reanudó la fuga, encarando la pendiente en cuesta abajo hacia el cañadón, siempre seguida por los perros ovejeros a los cuales ya casi no tomaba en cuenta. Al iniciar la bajada apareció el mascota, que prácticamente se mezcló al grupo, como última y desesperada tentativa de atraer la persecución sobre sí, pero los agresores no hicieron caso de él.

Marchando al galope lento de su caballo, el hombre que, seguro de su presa, ya no se apresuraba, pasó a menos de diez metros del mascota. Pudo haberlo derribado de un tiro de revólver pero quizá por un sentimiento de culto al valor, muy común en el criollo campesino, sintió lástima por ese animal que tanto arriesgaba su vida por defender a una congénere suya, porque así se lo imponía el mandato de la naturaleza y el deber como jefe de la cuadrilla.

Ya totalmente convencido de la inutilidad de la defensa de sus tretas, el mascota quedó inmóvil en el filo de la cima lanzando un relincho como de despecho e impotencia. Su misión no era tirar su vida en una defensa sin la más mínima posibilidad. Quedó inmóvil en el filo de la cuesta y desde allí vio cómo la víctima, siempre acosada por los perros que la rodeaban, bajó al cañadón en lánguido galope con tres patas, tratando de coclear a los perros cuando la mordían, con el trozo oscilante de su pata quebrada por la bala.

Pronto el jinete la alcanzó y apareó su caballo contra ella empujándola contra la orilla de una laguna y, luego de arrinconarla contra una curva formada por el agua, sin desmontar, le aplicó un fuerte golpe en la cabeza con el grueso cabo del rebenque, derribándola en tierra, mientras los perros, jadeantes por la carrera y el continuo ladrar, se internaban en el agua para refrescarse y beber con ansias.

Con impotencia y resignación, el mascota, desde su altura, contempló los movimientos agónicos de su desventurada congénere cuando era *despenada* por el cuchillo del cazador. Se había cumplido un designio de la naturaleza en su evolución continua contra la cual él nada podía hacer y cuando el hombre, luego de

sacar el cuero de la guanaca, cargó en su caballo para llevarla hasta su casa, la mayor parte de la carne, él lanzó un corto y medio enronquecido relincho, como de reproche final; dio media vuelta y se alejó al galope hacia donde sabía que iba a encontrar su cuadrilla. Extremó desde entonces la disciplina en la cuadrilla con respecto a sus relinchos de advertencia. Sin embargo y pese a ello, dos meses más tarde una nueva baja se produjo en forma imprevista y de la que tuvo que culparse.

Una noche, en el dormitorio habitual vigilaba el descanso de la cuadrilla en sueño, cuando de improviso el puma, ya sumamente escaso por la persecución del hombre, cayó sobre aquélla en medio de la oscuridad. Recién al oír el bufar y el ruidoso desparramo de crías y guanacas por la irrupción del carnicero, se dio cuenta de que había descuidado el punto más adecuado para su vigilancia; el puma, sin duda un animal ya muy experimentado, se había ido acercando agazapado en la oscuridad en *contra viento*, eligiendo los minutos precisos en que el vigilante mascota, falto de la eficacia de su vista por efecto de las sombras, lo cual lo hace extremar el sentido del oído y el olfato, se hallaba en una ubicación que le impedía notar el tufo y el levísimo roce, (que el viento trasmite) producido por el cuerpo del puma cuando se arrastra agazapado, y que permite al guanaco dar su nocturno aviso de alarma. Un chulengo de tres meses, al que tan difícilmente se había logrado salvar de la persecución del chulenguador, resultó descogotado en un instante y nada, fuera de la fuga, pudo hacer el sorprendido mascota.

Hizo cambiar de dormitorio a la cuadrilla y, ante la proximidad de un enemigo tan terrible para su especie, como el puma, extremó al máximo todos los sentidos defensivos.

Dos noches después, en medio de la mayor oscuridad, el viento suave trajo con tiempo a sus oídos y olfato, el olor y el rocé casi imperceptible del puma que se acercaba agazapado, como lo hace el gato cuando pretende sorprender a un pajarito. Dio la alarma y, en un santiamén, la cuadrilla se incorporó con ruido de matas pisoteadas, y emprendió la fuga en desventaja frente al puma de hábitos nocturnos, que tiene mayor facilidad para desplazarse en las tinieblas.

Sintiendo que la fiera los perseguía, el mascota orientó la fuga en dirección a la casa de los hombres, y luego se colocó valiente

en la retaguardia, para cubrir la fuga y cargar con el mayor peligro. Es algo habitual que los animales silvestres, aun el arisco guanaco y otros que temen al ser humano, busquen refugio en su proximidad, cuando los amenazan peligros graves, atávicos, como era el caso presente, o cuando éstos provienen de fenómenos de la naturaleza, como ser el fuego descontrolado, volcanes, temblores o temporales de gravedad, que sobrepasan lo común. Bajaron la cuesta que daba al cañadón, donde se hallaba la casa, quebrando ramaje del monte, haciendo rodar piedras en su carrera, y pronto oyeron el alboroto levantado en la casa por el ladrar agitado de los perros ante esos ruidos.

La asustada cuadrilla se detuvo a unos trescientos metros de la casa, confiados ya en el poder humano, que para ellos debía ser algo con atributos divinos. De inmediato pasó por cerca de ella una yegua madrina, con su potrillo de días al costado haciendo tintinear la campanilla pendiente de su cogote, y seguida al trote por los caballos en dirección a la casa. También trota hacia la casa una vaca lechera con su pequeño ternero. Aunque los perros se acercan bastante, la cuadrilla no huye.

Pronto se enciende luz en la casa y los hombres, que en ese alboroto y aproximación al lugar por parte de los animales, y en especial los esquivos guanacos, han tenido la certidumbre de la proximidad de un puma, se ponen en movimiento: colocan apresuradamente las riendas a sus caballos nocheros, montan en ellos *en pelo* sin ensillar, llevando las armas de fuego y, seguidos por todos los perros, se internan en la noche y se pierden *cortando rastro* en la dirección en que llegaron/i huyendo los animales, los cuales, tranquilizados por la presencia del hombre en lo que respecta al puma, comienzan a alejarse lentamente de la casa.

Ya casi al amanecer, en pedregosas quebradas de las serranías, el furioso y lejano ladrar' de los perros, gritos humanos y detonaciones de armas de fuego, indican que el puma ha sido rastreado, obligado a empacarse, y que sus correrías han llegado al fin. Así lo comprueba horas más tarde la cuadrilla de guanacos, cuando pasó pastando por el lugar de la lucha, y su curiosidad le hizo olfatear el olor de la muerte de su enemigo atávico, el puma.

Después pasaron algunos años con las vicisitudes de rutina: peleas, peligros, victorias. Su experiencia le hizo salvar, año tras

año, más del cuarenta por ciento de las crías habidas en la cuadrilla, logrando sustraerlas a la tenacidad astuta de los chulenguadores, y la cuadrilla fue en aumento. ..

... Ahora todo eso se había acabado, con su derrota y alejamiento de la cuadrilla. Prácticamente le parecía que su misión en la existencia, ya había terminado. No se sublevaba contra esa decisión de Dios por medio de la naturaleza, pero se sentía apenado, como si ya estuviera de más en el concierto de la naturaleza. Debía volver al aburrido conjunto de los machos desplazados. Antes estuvo en él, pero entonces era joven y con una segura esperanza, pero ahora debía hacerlo sin esperanza, siguiendo una rutina decadente, amaestrando a los nuevos en forma indirecta, concurriendo normalmente al estercolero común de los machos. . .

... Cuando sintió el golpe tremendo en el costado delantero del costillar cayó echado de pecho en tierra, en la misma forma en que lo hizo la primera vez, cuando su madre lo empujó contra unos matorrales, para ocultarlo de la persecución del chulenguador. Mientras caía alcanzó a ver a trescientos metros, en el bajo, la típica nubecita de humo, al tiempo que oía la detonación tan temida y veía también al hombre que había disparado el arma. La pena de su derrota lo había hecho descuidar por primera vez en forma total su vigilancia. Dos minutos después logró con dificultad incorporarse, cuando los perros llegaron ladrando a su lado y el hombre se acercaba a galope. Quiso huir por espíritu de conservación, pero lo ahogaba la sangre que pugnaba por salir junto con su respiración dificultosa y se detuvo cuando el hombre le dio alcance y se bajó del caballo a dos metros, quedándose también inmóvil, sin tratar de atacarlo más.

Perdió las fuerzas y se echó en tierra. Luego se tendió totalmente, hizo algunos movimientos agónicos y todo desapareció para siempre, con su último gemido de muerte. La bala había sido mortal y el hombre, con el cuchillo en la mano, lo dejó morir tranquilo. Desistió de sacar ese cuero totalmente lleno de viejas cicatrices de tantas peleas sostenidas con sus congéneres y a veces con los galgos; sólo le cortó los dos cuartos traseros y las paletas, que echó sobre el anca del caballo para llevarlos como comida de los perros, cerdos y gallinas y, si hubiera sido más tierno de carne, también habría comido él.